

envolturas y pudo notarse que bajo aquel disfraz grotesco, se ocultaba una mujer verdaderamente hermosa. Era una joven sonrosada, de magníficos ojos negros, de lánguidas miradas, boca fresca y lijeramente entrecierrada, sin duda para exhibir una dentadura blanquísima como una sarta de margaritas.

Romero la ayudó á apearse, y Pico devoró, con una mirada de lobo hambriento, unos piés calzados con botines blancos bordados de oro; calzado poco á propósito en aquellas alturas, pero que no era de extrañarse entre personas de teatro destinadas á sufrir incesantes transformaciones, no siempre adecuadas á la situación.

La mirada de Pico fué una oda á los piés de la dama joven; oda de que Romero no debía jamás apercibirse.

La bailarina saltó de su burro con suma destreza, y á poco rato la compañía íntegra descansaba á la mezquina sombra de las palmas, mientras los burreros se ocupaban de arreglar la voluminosa carga soportada por los sufridos y perseverantes asnos.



CAPÍTULO II.

ENTRADA DE LA COMPAÑÍA DRAMÁTICA,
AL PUEBLO
DE SANTA MARÍA DEL RÍO.

POR fin, á la vista de los viajeros apareció á lo lejos una faja horizontal, como un chal verde salpicado de manchas blancas; un chal tendido al sol, á la falda de unas montañas amarillas y agrietadas: aquello era Santa María del Río. Santa María la frugívora, la perezosa, que nació en 1540 para la corona de España. La dió á luz Fray Diego de la Magdalena, fraile español doctrinero y conquis-

tador, por cuenta y para honra y gloria de S. M. el Rey: fueron padrinos de Santa María los caciques Juan de Santa María, Pedro de Granada y Alonso de Guzmán.

Santa María dió á conocer á la compañía dramática primero el motivo de su apellido que el de su nombre de pila: quiere decir, ofreció á las diez y seis bestias supletorias de la ambulante comiquería, un baño de patas en su famoso río.

Pico preguntó lo que pregunta todo el que llega á Santa María del Río.

—¿Por dónde está el puente?

—Santa María, le contestó Romero, por no cambiar de nombre, según creo, ha preferido no tener puente.

—¿No hay puente?

—No, con el río le basta; los puentes son caros, y Santa María es pobre.

—¿Y cuando el río crece?

—El pueblo se declara en estado de sitio y los de la otra banda esperan á que el agua tenga la bondad de dejarles vado.

Pico miraba con una fijeza extraña la

formalidad de Romero, quien en su carácter de artista nacional y director, formador y empresario y pintor escenógrafo de una compañía dramática, había optado por parecer siempre circunspecto.

Á pesar de esto, Pico preguntó por el mesón.

—Tampoco hay mesón.

—¿No?

—Los vecinos de este pueblo son muy amables y hospedan al que pasa.

—¿Sabes que me va simpatizando Santa María del Río?

—Mira, aquí vienen á recibimos, dijo Romero.

En efecto, venían cuatro ginetes al encuentro de la compañía; después de estos ginetes y á cierta distancia venían hasta veinte personas más.

Se adelantó un ginete hacia Romero.

—¿Usted es el señor Romero del Campo?

—Servidor.

—¡Ah! cuanto me alegro; hemos estado esperando á ustedes desde ayer.

—Sí, señor; debíamos haber llegado; pero se nos enfermó la bailarina.

—¡Ah! ¿con que viene bailarina?

—Sí, señor.

—Viene bailarina!

—Viene bailarina! fueron diciendo alternativamente los otros ginetes, viéndose unos á otros.

—Pues ya saben ustedes, señores, dijo el primer ginete dirigiéndose al grupo de la compañía que había ido juntándose; ya saben ustedes que vienen á un pueblo pobre, pero procuraremos que nada les falte y se hará todo lo que se pueda.

—Es un bonito pueblo, dijo Romero, por cuenta de la hospitalidad.

—Favor que ustedes le hacen, contestó el ginete con una sonrisa patriótica.

Este señor que recibía á la compañía, se llamaba D. Pepe: era propietario, labrador, licenciado bajo su palabra, miembro del ayuntamiento, de la junta patriótica, de la junta de instrucción pública, apoderado de Huachichiles, representante de menores,

curador *ad litem* y *ad bonam* de unas niñas que no tenían papá, albacea de unas señoras que fueron ricas; agente electoral, empresario de las funciones de toros y de teatro, jugador de gallos y tan conocedor de la raza fina y del espolón, como de la carta que había de venir infaliblemente después de una sota y dos treses. Á D. Pepe no lo robaban nunca, lo conocían en todas las haciendas, en todos los ranchos y en todos los pueblos en cincuenta leguas á la redonda. D. Pepe asumía las investiduras de administrador de correos, agente de periódicos y el de comisionado especial, en varios asuntos.

Tal era D. Pepe García.

En cada pueblo hay un D. Pepe García.

Santa María, como todos los demás, debía tener su cacique. (1)

D. Pepe García alojó á la compañía dramática en una gran casa desmantelada, y

(1) No alude el autor á persona determinada presenta un tipo que existe, y habla de un pueblo que ha visto.

entabló largas pláticas con Romero, á quien desde luego puso en posesión de la casa de la alhóndiga, que era el corral más á propósito para teatro.

Los ocho burros de la compañía venían cargando desde las pelucas hasta los telones, el repertorio, el guarda ropa y las vistas; de manera que muy pronto se improvisó un teatro.

Mientras la compañía tomaba posesión de la casa, que por lo pronto prestaba todas las comodidades apetecibles, Pico, cuyo equipaje era el más modesto, no tardó en encontrarse alojado á sus anchuras en una pieza amplia, aunque no muy bien ventilada.

Pico era naturalmente retraído y gustaba de la soledad; de manera que lejos de inquietarlo el bullicio de la plaza y la animación de la fiesta, se puso á pasear á lo largo de su habitación, recordando probablemente los botines blancos de la primera dama.

El perro de Pico se había echado en un rincón; Pico procuró á poco darle mejor

ventilación á su pieza y abrió, aunque con trabajo una ventana. Estaba á la vista de Pico un patio lóbrego é inmundado.

Al ruido que hizo Pico abriendo la ventana, apareció en aquel patio un enorme perro amarillo y con collar, que indicaba su calidad de guardián feroz.

El perro gruñó y tomó una actitud amenazante al ver asomar á Pico por la ventana, y el perro de Pico, que se llamaba Alí, se puso á ladrar furiosamente.

Aquella música canina cuadraba poco á la tranquilidad que buscaba Pico. Alí se había colocado ya sobre el borde de la ventana, y esto, contra todo lo que Pico se esperaba, lejos de enardecer al formidable guardián del patio obscuro, lo apaciguó.

La ventana no tenía reja y Alí se puso de un salto en el patio. Pico temió una contienda en la que Alí no saldría el mejor parado, pero su sorpresa subió de punto al ver que su querido Alí había encontrado un amigo en el prisionero.

Alí era un perro simpático, y no en vano

Pico lo consideraba como un verdadero amigo, si bien para los amantes de los perros de raza Alí no tenía ningún atractivo.

Por lo pronto le había proporcionado á su amo la ventaja de poder abrir la ventana sin que el guardián celoso lo aturdiera con sus formidables ladridos.

—¡Pobre animal! dijo Pico: condenado á reclusión perpétua, por medio del aislamiento lograrán formar de él un perro intratable. Con razón ha recibido con afecto á mi Alí tan festejoso y tan comunicativo. Hé aquí que para sancionar su amistad, les vendría muy bien á esos nuevos amigos un *lonche*. Sí, este es un pensamiento muy justo: le anticiparé á Alí una ración de carne, para que pueda obsequiar á su compañero.

Pico sacó de sus maletas dos trozos de carne y se los arrojó á los perros que retozaban amigablemente.

Alí no fué el primero en tomar el suyo, y se hubiera creído al verlo que sabía hacer

los honores de anfitrión, pues no tomó su parte sinó cuando el gran perro se había echado ya á comer la suya.

Pico contemplaba muy satisfecho aquel banquete, cuando acertó á levantar la cabeza y se fijó en otra ventana que estaba frente á él, y que se había entreabierto.

Le pareció ver que una cabeza se asomaba; pero la obscuridad del patio no permitía ver, si en la línea negra que proyectaban las dos puertas de la ventana había algo más; un momento después la línea negra se hizo más perceptible, y efectivamente, se destacó una cabeza; pero era una cabeza de mujer.

Pico hizo un movimiento de sorpresa, y entonces la cabeza se asomó completamente; no cabía duda: era una mujer que deseaba ser vista, y lo que es más, que exigía la reserva, porque tenía el índice de la mano derecha sobre los labios, pidiéndole á Pico silencio.

Pico se encaramó en la ventana y vió entonces que la mano que le pedía silencio,

le pedía que se detuviera, mostrándole en seguida al perro guardián.

—Ah! pensó Pico, este perro tenía un encargo de confianza; realmente guarda algo ¡cosa más rara! Esa señora está presa, guardada por el perro, y se dirige á mí..... aquí hay un gran misterio: creo que me pide que la ampare; pero si ese formidable mastín sabe su oficio me despedaza sin remedio. Si pudiera yo bajar.... veámos qué cara me pone el centinela.

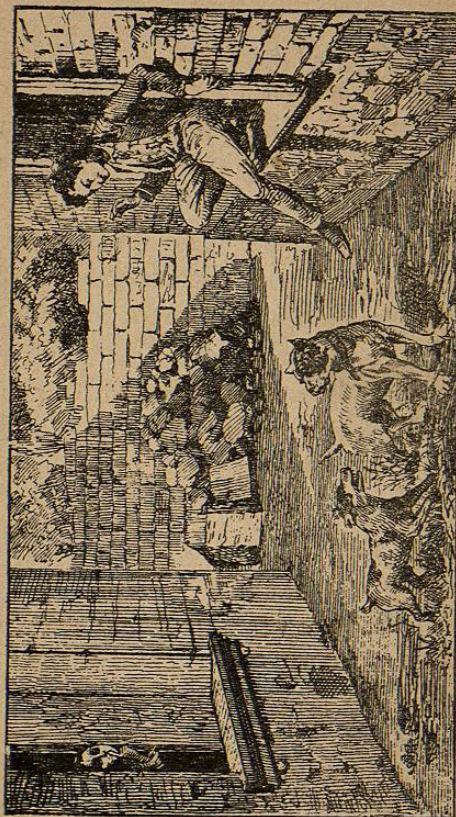
Y diciendo esto echó fuera del borde de la ventana una pierna.

—El guardián no se inquieta con mi pierna; bajemos la otra.

Y así lo hizo.

Alí se levantó y se puso á hacerle fiestas á su amo. El perro grande lo observaba todo con calma.

La dama de la ventana de enfrente había abierto las puertas completamente, y observaba también con el mayor interés los movimientos de su guardián, al que Pico se atrevió á llamar sonándole los dedos.



El guardián no se inquieta con mi pierna; bajemos la otra.

El perro se levantó, y vino lentamente hacia la ventana; olió las albarcas de Pico y levantó la cabeza.

—En su mirada, dijo Pico, no hay encono; si este perro fuera tan agradecido como el mío, estoy seguro que no olvidaría la buena ración de carne que acabo de regalarle, y este pequeño servicio me lo pagaría al menos con respetar mis pantorrillas, que me temblarían en este momento á no tenerlas colgando.

El perro movió la cola en señal de paz, y esto inspiró á Pico nueva confianza, y poco á poco fué estirándose hasta poner los piés en tierra.

Alí festejó la bajada de su amo haciendo nuevas demostraciones de regocijo á su nuevo amigo, emprendiendo desde aquel momento una verdadera lucha en la que Alí se dejaba atacar unas veces, y otras se escabullía jugando para ser perseguido.

La dama misteriosa esperaba, abriendo la ventana y haciendo señas á Pico para que se acercara.

Pico aprovechando un momento propicio en el juego de los perros, atravesó el patio. De un salto subió á la ventana, que era todavía más baja que la suya, y se encontró en la habitación de la dama misteriosa.

—Pido á V. perdón por lo que acabo de hacer; pero por extraña que parezca á usted mi conducta, le ruego no me juzgue desfavorablemente; pues me encuentro en una situación excepcional.

Pico manifestaba en sus ademanes la mayor perplejidad y aún hacía vagar sus miradas en varias direcciones como temeroso y desconfiado.

—En todo caso, continuó la dama misteriosa, deseo asegurarme si no me he equivocado al elegir á usted como protector?

—¡Protector! repitió Pico, yó....!

—Sí, de una mujer desgraciada.

—¿Y qué puedo yo hacer por usted, señorita? preguntó Pico fijándose más en su interlocutora, y viéndose en seguida sus pantalones amarillos y sus albarcas, como para indicar con este movimiento que su

equipaje revelaba al antiguo *bruja*:—¿qué puedo hacer yó, qué....?

—Lo que siempre será dado hacer á un caballero por una mujer que sufre, por una mujer que le pide socorro acojiéndose á su caballerosidad.

Pico se sintió lisonjeado y tomó una actitud más reposada.

—Siéntese usted, dijo la dama indicándole una silla.

—Esta señora la lleva larga, pensó Pico; en todo caso oigamos, que en esto nada se pierde.

—Insisto en preguntar á usted, continuó la desconocida, si me es dado contar con la discreción de usted.

—Y con todo, interrumpió Pico, procurando acortar digresiones.

—Está usted de prisa?

—No lo decía por eso; puede comenzar su narración, que todo seré oídos.

—Mil gracias.

Hubo una lijera pausa.

—Estoy presa, dijo de pronto la dama; llevo dos meses y medio de no ver á nadie,

de vivir entre estas cuatro paredes, condenada á un tormento cuyos detalles sería muy largo referir; bástele á usted saber que soy una de tantas víctimas de la revolución.

—Malo! pensó Pico.

—Una noche.... estaba yo en el seno de mi familia y ni remotamente pensaba que aquellas dulces horas de tranquilidad y de bienestar habían de ser las precursoras de mis tormentos. No habían dado las once de la noche cuando sentí un ruido formidable en toda la casa; los perros se deshacían ladrando furiosos, y á poco rato resonaron algunos tiros. Á pesar del espanto, que me había embargado la voz y la acción por un momento, salí de mi habitación para ponerme en comunicación con mi familia y averiguar lo que pasaba; anduve por varias piezas y por todas partes salían gritos espantosos, blasfemias, ayes y quejidos, detonaciones y rumores extraños. No me podía dar cuenta de lo que estaba pasando: á poco me desmayé y me sentí asida por robustos

brazos que me levantaban del suelo; entonces mezclé mis gritos á los mil ruidos que en aquellos momentos atronaban la casa; pero á pesar de todo me conducían sin que yo lo pudiera evitar; notando que me llevaban al interior de la casa: logré asirme de los fierros de una ventana, y cerré tan fuertemente las manos que mi conductor no pudo separarme: mis gritos hubieran podido oírse á gran distancia, pero nada me valía; yo no veía á ninguno de los míos, antes bien llegó bien pronto otro hombre que ayudó á mi raptor á arrancarme de la reja maltratándome horriblemente. Entonces me sentí acometida por un acceso de furor, y sintiendo unas fuerzas de que yo misma me sorprendí después, pude separarme de los que me conducían; pero este supremo esfuerzo de mi separación agotó todas mis fuerzas y caí sin sentido.

—Volví en mí al cabo de yo no sé qué tiempo, y me sentí conducida á caballo, atada y nó en los brazos de un hombre; pretendí gritar de nuevo, pero una tosca

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 BOSTERREY, MEXICO

36213

mano me cerró la boca, y después me pusieron un pañuelo en forma de mordaza.

—No puedo calcular el tiempo que caminamos así; pero al rayar la aurora caminábamos todavía. Cada vez que pretendía luchar con mi raptor, ya en medio de accesos de cólera, ya deshecha en lágrimas, recojía por única respuesta un desprecio profundo, y volvían á transcurrir lentas horas de martirio.

—No sé cómo pasé á poder de un hombre que se decía mi salvador. Estaba yo en una cueva y de allí, creyendo ser conducida á mi casa, me trajeron á este cuarto, donde he permanecido más de dos meses.

—Mi perseguidor y mi verdugo es un hombre odioso, despreciado por mí toda mi vida, y para quien será insuficiente toda la indignación, todo el odio que puede haber en mi corazón para execrarlo eternamente; él es poderoso y conozco que estoy rodeada de personas que le son adictas, porque este hombre ejerce grande influencia en estos lugares.

—Me rescató de mis raptos; pero para encarcelarme en este cuarto, para exigir que lo ame.

—He estado esperando día por día y hora por hora una circunstancia favorable para mi evasión, y hasta hoy se me presenta en V., á cuya nobleza, á cuya honradez apelo para salir de esta espantosa situación.

Pico había oído, sin despreciar un acento, una á una de las palabras de la joven misteriosa, y estaba á la vez temiendo la conclusión de aquel relato que forzosamente iba á poner á Pico en una situación más y más comprometida.

Pico se había oído llamar, por primera vez en su vida, noble, honrado y caballero; y todo esto en medio de un arranque fervoroso, por parte de una señorita que, bien vista, empezaba á parecerle á Pico tan hermosa como desgraciada.

Pico haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se decidió á hablar y lo hizo de este modo:

—Señorita, yo soy muy pobre, ya me vé V., me veo precisado á usar prendas de la